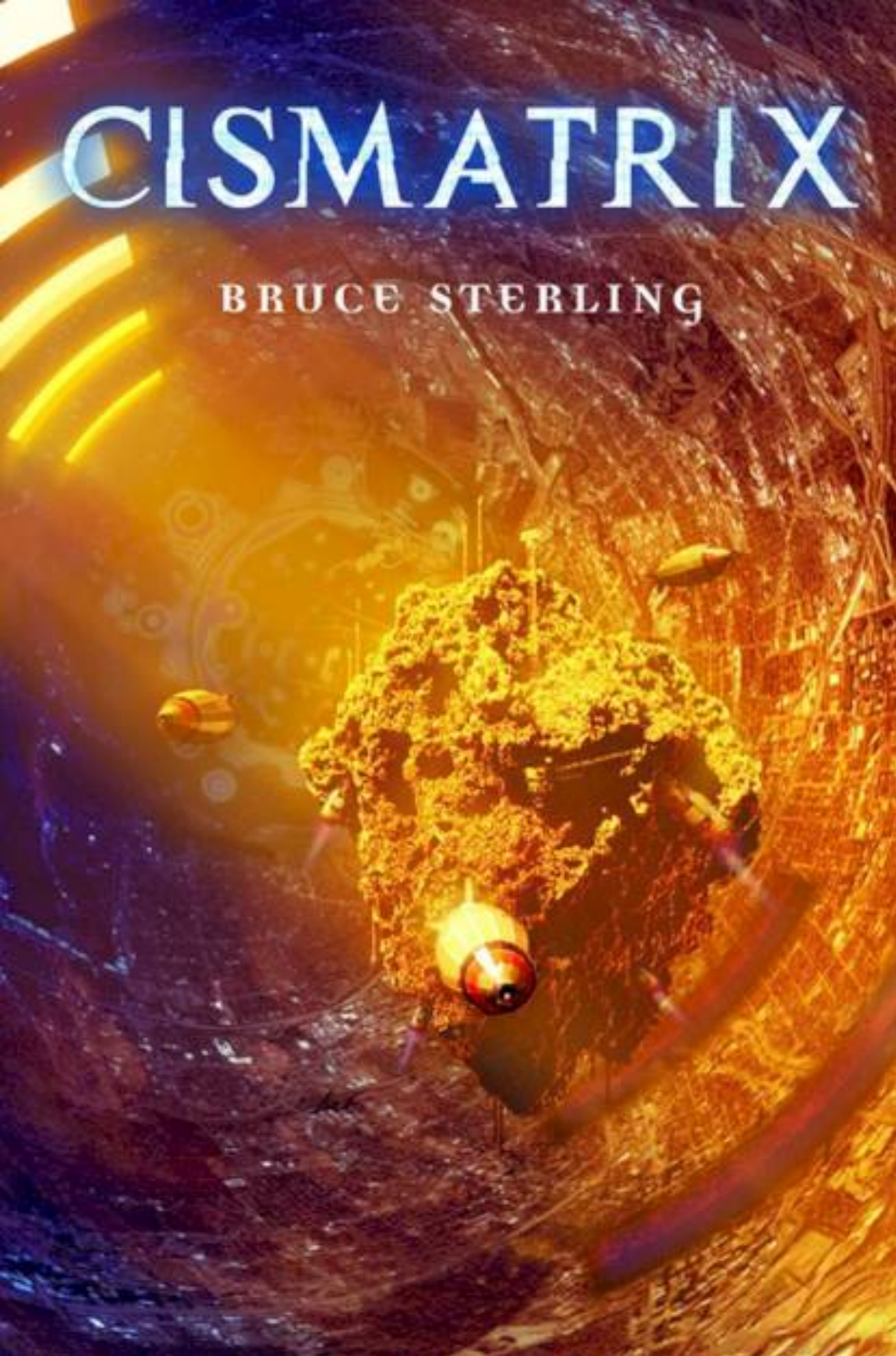


CISMATRIX

BRUCE STERLING



*La humanidad ha quedado obsoleta:
Bienvenidos al futuro posthumano.*

Abelard Lindsay es condenado a exiliarse de su pequeño mundo en órbita lunar por su activismo político. Una guerra fría hace estragos en el espacio circunsolar. Los formistas, expertos en manipulación genética, conspiran desde el Consejo Anillo de Saturno, mientras los mecanistas, ciborgs repletos de implantes, prosperan en el Cinturón de Asteroides. Entrenado para ser el diplomático perfecto, Lindsay tendrá que usar toda su habilidad para sobrevivir como fugitivo en los ruinosos cilindros orbitales, los apiñados cárteles y asteroides y las rutilantes ciudades espaciales de la Cismatrix.

Prólogo

Los planeadores pintados volaban por el centro del mundo. Lindsay estaba de pie con la hierba hasta las rodillas, mirando hacia arriba para seguir su vuelo.

Frágiles como cometas, los ultraligeros a pedales ascendían y descendían en la zona de gravedad cero, muy a lo lejos. Más allá, al otro lado del mundo cilíndrico, el paisaje se curvaba y relucía con el amarillo del trigo y el verde moteado de los campos de algodón.

Lindsay se protegió los ojos de la luz solar procedente de una de las largas ventanas del mundo. Un planeador, de alas elegantemente decoradas con plumas azules sobre tejido blanco, cruzó la barra de luz y planeó en silencio encima de él. Vio el cabello largo de la piloto cuando pedaleaba para volver a ganar altura. Lindsay sabía que lo había visto. Deseaba gritar, hacerle gestos frenéticos, pero lo vigilaban.

Sus carceleros lo alcanzaron; su esposa y su tío. Los dos ancianos aristócratas caminaban con dolorosa lentitud. El rostro de su tío estaba sofocado; había aumentado la potencia de su marcapasos.

—Has corrido —le dijo—. Has corrido.

—He estirado las piernas —dijo Lindsay con un suave desafío—. El arresto domiciliario me entumece.

Su tío levantó la vista para seguir la mirada de Lindsay, protegiéndose los ojos con una mano moteada por la edad. El planeador decorado como un pájaro se movía sobre los Amargos, un lugar pantanoso en el panel agrícola donde el suelo se había vuelto yermo.

—Estabas observando los Amargos, ¿eh? Donde trabaja tu amigo Constantine. Dicen que te envía señales desde allí.

—Philip trabaja con insectos, tío. No en criptografía.

Lindsay mentía. Necesitaba las señales ocultas de Constantine para recibir noticias durante su arresto domiciliario.

Constantine y él eran aliados políticos. Cuando se produjo la represión, a Lindsay lo aislaron en los territorios de su mansión familiar. Pero Philip Constantine tenía unas habilidades ecológicas irremplazables. Seguía libre y trabajando en los Amargos.

El largo encierro había empujado a Lindsay a la desesperación. Se encontraba a sus anchas entre la gente, donde su destreza diplomática podía brillar. Durante el aislamiento, había perdido peso: sus pómulos prominentes se destacaban en agudo relieve y sus ojos grises habían adquirido un brillo enfurruñado y rencoroso. La súbita carrera le había alborotado el cabello negro y rizado a la moda. Era alto y esbelto, con la barbilla alargada y las cejas arqueadas y expresivas del clan Lindsay.

La mujer de Lindsay, Alexandrina, lo cogió del brazo. Iba vestida a la moda, con una falda plisada larga y túnica blanca de aspecto médico. Su complexión pálida y clara denotaba salud sin vitalidad, como si su piel fuera una imitación perfecta de papel impreso. Se adornaba la frente con rizos momificados.

—Has dicho que no hablarías de política, James —dijo al anciano. Miró a Lindsay—. Estás pálido, Abelard. Te hemos alterado.

—¿Estoy pálido? —dijo Lindsay. Recurrió a su entrenamiento diplomático de formista. El color volvió a sus mejillas. Ensanchó la dilatación de sus pupilas y sonrió haciendo relucir los dientes. Su tío retrocedió con una mueca.

Alexandrina se apoyó en el brazo de Lindsay.

—Preferiría que no hicieras eso —le dijo—. Me da miedo.

Tenía cincuenta años más que Lindsay y acababan de reemplazarle las rodillas. Las rótulas de teflón de mecanista todavía le molestaban.

Lindsay trasladó su volumen encuadernado de hojas impresas a la mano izquierda. Durante su arresto domiciliario, había traducido las obras de Shakespeare al inglés moderno circunsolar. Los ancianos del clan Lindsay lo habían animado a hacerlo. Pensaban que sus aficiones de anticuario lo distraerían y le impedirían conspirar contra el estado.

Para recompensarlo, iban a permitirle presentar el trabajo en el Museo. Se había aferrado a aquella oportunidad de escapar al arresto domiciliario.

El Museo era un invernadero de subversión. Estaba lleno de amigos suyos. Se llamaban a sí mismos Preservacionistas. Era un movimiento juvenil reaccionario, con un aprecio romántico por el arte y la cultura del pasado. Habían convertido el Museo en su fortaleza política.

Su mundo era la República Corporativa Circunlunar de Mare Serenitatis, un hábitat artificial de doscientos años de antigüedad que orbitaba la Luna terrestre. Como correspondía a uno de los estados nación espaciales más antiguos de la humanidad, era un lugar de tradiciones, con los hábitos antiguos de una cultura consolidada.

Pero el cambio había llegado de repente, extendiéndose desde los mundos más nuevos y fuertes del Cinturón de Asteroides y los Anillos de Saturno. Las superpotencias mecanista y formista habían exportado su guerra a aquella pacífica ciudad estado. La tensión había dividido a la población en facciones: los Preservacionistas de Lindsay contra el poder de los Radicales Antiguos; plebeyos rebeldes contra aristócratas ricos.

Los simpatizantes mecanistas llevaban la mejor parte en la República.

Los Radicales Antiguos ejercían el poder desde sus hospitales gubernamentales. Aquellos ancianos aristócratas, todos ellos más que centenarios, se mantenían en funciona-

miento gracias a la avanzada maquinaria de los mecanistas, y sus vidas se alargaban con la tecnología prostética importada. Pero los gastos médicos estaban arruinando a la República. Su mundo estaba ya profundamente endeudado con los cárteles médicos mecs. La República sería pronto un estado cliente de los mecanistas.

Pero los formistas utilizaban sus propios arsenales de tentación. Años atrás, habían adiestrado y adoctrinado a Lindsay y a Constantine. A través de aquellos dos amigos, los líderes de su generación, los formistas explotaban la furia de los jóvenes, que se consideraban desprovistos de su herencia en beneficio de los mecanistas.

La tensión había aumentado en la República hasta el punto de que un simple gesto podía hacerla explotar.

Lo que estaba en juego era la vida. Y la muerte sería la prueba.

El tío de Lindsay estaba sin aliento. Se tocó el monitor de la muñeca y ralentizó los latidos de su corazón.

—No hagas más tonterías —dijo con el ceño fruncido—. Te están esperando en el Museo. Recuerda, nada de discursos. Utiliza el comunicado que hemos preparado.

Lindsay levantó la cabeza. El ultraligero decorado como un pájaro empezó a perder altura.

—¡No! —gritó Lindsay. Dejó caer el libro y echó a correr.

El ultraligero se estrelló contra la hierba junto al círculo de asientos de piedra de un anfiteatro al aire libre.

El planeador había quedado aplastado, con las alas dobladas en una delicada convulsión debida al impacto.

—¡Vera! —gritó Lindsay.

Sacó su cuerpo de entre los frágiles restos. Todavía respiraba y sangraba por la boca y la nariz. Tenía las costillas rotas. Se estaba asfixiando. Lindsay tiró del cuello circular de su traje de Preservacionista. El cable del cuello le cortó las manos. El atuendo imitaba el diseño de los trajes espaciales; los codos, en forma de acordeón, estaban aplastados y manchados.

Unas polillas pequeñas y blancas se elevaron volando entre la alta hierba. Se congregaban como si la sangre las atrajera.

Lindsay apartó una polilla del rostro de Vera y le cubrió los labios con los suyos. El pulso se detuvo en su garganta. Estaba muerta.

—Vera —gimió—. Amor mío, te has quemado...

Le golpeó una oleada de dolor y exaltación. Cayó en la hierba caldeada por el sol, sosteniéndose los costados. Más polillas levantaron el vuelo.

Lo había conseguido. En aquel momento, le parecía fácil. Era un tema sobre el que los dos habían hablado un centenar de veces, hasta bien entrada la noche, en el Museo o en la cama tras el adulterio. El suicidio, la última protesta. Una extensión enorme de oscura libertad se abrió en la mente de Lindsay. Tenía una sensación paradójica de vitalidad.

—Cariño, no pasará mucho tiempo...

Su tío lo encontró de rodillas. El rostro del anciano estaba gris.

—Oh —dijo—. Esto es repugnante. ¿Qué has hecho?

Lindsay se puso en pie aturdido.

—Apártate de ella.

—¡Está muerta! —dijo su tío, mirando fijamente el cadáver—. Maldito idiota, ¡sólo tenía veintiséis años!

Lindsay extrajo una daga larga de metal toscamente trabajado de su manga en forma de acordeón. La blandió y la dirigió a su propio pecho.

—¡En nombre de la humanidad! ¡Y de la preservación de los valores humanos! Escojo libremente...

Su tío le agarró la muñeca. Forcejearon brevemente, mirándose furiosos a los ojos, y Lindsay dejó caer el cuchillo. Su tío lo recogió de la hierba y lo deslizó en su bata de laboratorio.

—Esto es ilegal —dijo—. Presentaremos cargos por llevar armas.

—Soy vuestro prisionero, pero no podéis retenerme si decido morir —dijo Lindsay, con una risa temblorosa—. Ahora o más adelante, ¿qué importa?

—Eres un fanático. —Su tío lo contemplaba con amargo desprecio—. Tu adiestramiento de formista es implacable, ¿no es verdad? Tu educación le costó una fortuna a la República, y tú la utilizas para seducir y asesinar.

—¡Ha sido una muerte limpia! Es mejor arder en un instante que vivir doscientos años como un esclavo de los cables mecanistas.

El Lindsay mayor miró fijamente a la horda de polillas blancas que se acumulaban sobre la ropa de la mujer muerta.

—Pagarás por esto, de alguna manera. Tú y ese plebeyo advenedizo de Constantine.

—¡Estúpido bastardo mec! —gritó Lindsay, incrédulo—. ¿No ves que ya nos habéis matado? ¡Ella era la mejor de todos nosotros! ¡Era nuestra musa!

—¿De dónde han salido todos estos insectos? —preguntó su tío con el ceño fruncido. Se inclinó y apartó las polillas con sus manos arrugadas.

Lindsay alargó la mano de repente y agarró un medallón de oro que colgaba del cuello de la mujer. Su tío le aferró la manga.

—¡Es mío! —gritó Lindsay. Empezaron a luchar en serio. Su tío se zafó del torpe apretón de Lindsay y lo pateó dos veces en el estómago. Lindsay cayó de rodillas.

Su tío recogió el medallón, respirando con dificultad.

—Me has asaltado —dijo, escandalizado—. Has usado la violencia contra otro ciudadano.

Abrió el medallón. Un aceite espeso le corrió por los dedos.

—¿Ningún mensaje? —dijo sorprendido. Se olió los dedos—. ¿Perfume?

Lindsay se arrodilló, luchando contra las náuseas. Su tío gritó.

Las polillas blancas se precipitaron contra él, agarrándose a la piel aceitosa de sus manos. Había docenas. Lo estaban atacando. Volvió a gritar y se golpeó la cara.

Lindsay rodó sobre sí mismo dos veces, alejándose de su tío. Se quedó de rodillas en la hierba, temblando. Su tío estaba en el suelo y se convulsionaba como un epiléptico. Lindsay retrocedió a gatas.

El monitor de la muñeca del anciano se volvió de un rojo brillante. Dejó de moverse. Las polillas blancas se arrastraron sobre su cuerpo unos momentos, y luego levantaron el vuelo una por una, desapareciendo entre la hierba.

Lindsay se puso en pie. Miró hacia atrás, al otro lado del prado. Su esposa caminaba hacia ellos, lentamente, por entre la hierba.

Primera parte
Las zonas de los fugitivos

Capítulo 1

Zaibatsu Popular Circunlunar de Mare Tranquilitatis:
27.12.15

Enviaron a Lindsay al exilio en un remolque mecanista de la clase más barata. Durante dos días estuvo ciego y sordo, aturdido por las drogas, con todo el cuerpo envuelto en una espesa matriz de pasta desaceleradora.

Disparado desde el muelle de carga de la República, el remolque había avanzado con precisión cibernética hasta la órbita polar de otro circunlunar. Había diez mundos de esas características, bautizados en honor a los mares y cráteres lunares que habían proporcionado sus materias primas. Habían sido los primeros estados nación en romper relaciones con una Tierra exhausta. Durante un siglo, la alianza lunar había sido el nexo de la civilización, y el tráfico comercial era intenso entre la «Cadena de Mundos».

Pero, desde aquellos días gloriosos, el progreso de los mundos del espacio profundo había eclipsado a la Cadena, y los alrededores de la Luna se habían quedado estancados. La alianza se derrumbó, cediendo el paso al aislamiento mezquino y la decadencia tecnológica. Los mundos circunlunares habían caído en desgracia, y ninguno había caído más hondo que el lugar donde exiliaron a Lindsay.

Las cámaras observaban su llegada. Despedido desde la cubierta de embarque del remolque, flotó desnudo en la aduana de gravedad cero del Zaibatsu Popular Circunlunar

de Mare Tranquilitatis. La estancia era de acero lunar mate, con zonas de epóxido donde habían arrancado los paneles. La habitación había sido una vez una suite para lunas de miel, donde los recién casados podían jugar en gravedad cero. La habían transformado en una zona burocrática de desinfección.

Lindsay seguía bajo los efectos de las drogas del viaje. Lo revivieron conectándole un cable para suministrar suero en el hueco del brazo derecho. Los discos negros adhesivos de los biomonitores moteaban su piel desnuda. Compartía la habitación con una cámara volante. El sistema de vídeo en gravedad cero tenía dos pares de brazos cibernéticos accionados por pistones.

Lindsay abrió los ojos soñolientos. Su hermoso rostro, de piel clara y pálida y cejas arqueadas y elegantes, tenía la expresión vacía del estupor. El cabello oscuro y enmarañado le caía hasta los pómulos prominentes con restos de colorete de tres días.

Los brazos le temblaron cuando los estimulantes empezaron a hacerle efecto. Entonces, de repente, recuperó la consciencia. Su adiestramiento lo golpeó como una ola física, que lo inundó tan súbitamente que los dientes le rechinaron por el espasmo. Recorrió la habitación con unos ojos que centelleaban de atención extrema. Los músculos de su rostro se movieron de un modo que no era propio de los rostros humanos, y de repente sonrió. Se examinó a sí mismo y sonrió a la cámara, con urbanidad fácil y tolerante.

El mismo aire pareció calentarse con el brillo repentino de sus buenas intenciones.

El cable de su brazo se desprendió y flotó de vuelta a la pared. La cámara habló.

—¿Es usted Abelard Malcolm Tyler Lindsay? ¿De la República Corporativa Circunlunar de Mare Serenitatis? ¿Busca asilo político? ¿No transporta materias biológicamente activas en su equipaje o implantadas en su persona? ¿No transporta explosivos o sistemas de ataque informático?

¿Su flora intestinal ha sido esterilizada y reemplazada con microbios del Zaibatsu?

—Todo es correcto —dijo Lindsay, en el japonés empleado por la cámara. Se sentía cómodo con la forma moderna del idioma; un *patois* comercial y directo, desprovisto de las formas honoríficas. La facilidad para los idiomas formaba parte de su adiestramiento—. No llevo equipaje.

—Pronto será trasladado a una zona descriminalizada ideológicamente —dijo la cámara—. Antes de abandonar la aduana, debemos asegurarnos de que comprende los límites impuestos a sus actividades. ¿Le resulta familiar el concepto de derechos civiles?

—¿En qué contexto? —preguntó Lindsay con cautela.

—El Zaibatsu reconoce un solo derecho civil: el derecho a la muerte. Puede solicitar su derecho en cualquier lugar, bajo cualquier circunstancia. Sólo necesita pedirlo. Nuestros monitores de audio están diseminados por todo el Zaibatsu. Si solicita su derecho, será eliminado inmediatamente y sin dolor. ¿Lo comprende?

—Lo comprendo —dijo Lindsay.

—La eliminación también puede forzarse debido a ciertos comportamientos —dijo la cámara—. Si amenaza físicamente al hábitat, será eliminado. Si interfiere con nuestros dispositivos de vigilancia, será eliminado. Si cruza la zona esterilizada, será eliminado. También será eliminado por crímenes contra la humanidad.

—¿Crímenes contra la humanidad? —preguntó Lindsay—. ¿Cómo se definen?

—Son los procesos biológicos y prostéticos que hemos declarado aberrantes. La información técnica relativa a los límites de nuestra tolerancia debe permanecer clasificada.

—Ya veo —dijo Lindsay. Comprendió que aquello era una carta blanca para matarlo en cualquier momento y casi por cualquier motivo. Era lo que había esperado. Aquel mundo era un refugio de fugitivos: desertores, traidores, exiliados, delincuentes. Lindsay dudaba que un mundo

llo de fugitivos pudiera gobernarse de otro modo. Simplemente, había demasiadas tecnologías extrañas disponibles en el espacio circunsolar. Centenares de actividades aparentemente inocentes, como la cría de mariposas, podían ser potencialmente letales.

«Todos somos criminales», pensó.

—¿Desea solicitar su derecho civil?

—No, gracias —dijo Lindsay educadamente—. Pero es un gran consuelo saber que el gobierno del Zaibatsu tiene esta cortesía conmigo. Recordaré su amabilidad.

—Sólo tiene que avisar —dijo la cámara, con satisfacción.

La entrevista había terminado. Moviéndose con torpeza en gravedad cero, Lindsay se despojó de los biomonitores. La cámara le entregó una tarjeta de crédito y el mono que era el atuendo estándar del Zaibatsu.

Lindsay se metió en los amplios ropajes. Había viajado al exilio solo. Constantine también había sido acusado, pero Constantine, como de costumbre, había sido demasiado listo.

Constantine había sido su mejor amigo durante quince años. A la familia de Lindsay le había parecido mal su amistad con un plebeyo, pero Lindsay les había plantado cara.

Durante aquellos días, los ancianos esperaban poder salvar la barrera que separaba a las superpotencias en conflicto. Se sentían inclinados a confiar en los formistas, y habían mandado a Lindsay al Consejo Anillo para que recibiera adiestramiento diplomático. Dos años más tarde, también habían mandado a Constantine, para entrenarlo en biotecnología.

Pero los mecanistas se habían apoderado de la República, y Lindsay y Constantine cayeron en desgracia, como restos vergonzosos de un fracaso en política exterior. Pero eso sólo sirvió para unirlos, y su influencia doble se había extendido de manera contagiosa entre los plebeyos y los aristócratas más jóvenes. Combinados habían sido formida-

bles: Constantine, con sus sutiles planes a largo plazo y su determinación de hierro; Lindsay como el que daba la cara, con su habilidad persuasiva y su elegancia teatral.

Pero entonces Vera Kelland se había interpuesto entre ellos. Vera, artista, actriz y aristócrata, la primera mártir Preservacionista. Vera creía en su causa; era su musa, y se aferraba a la convicción con una firmeza que ellos no podían igualar. También estaba casada, con un hombre sesenta años mayor que ella, pero el adulterio sólo hizo que la larga seducción resultara más picante. Finalmente, Lindsay la había conquistado. Pero con la posesión de Vera llegó su resolución mortal.

Los tres sabían que un acto de suicidio cambiaría la República cuando todo lo demás fuera infructuoso. Llegaron a un acuerdo. Philip sobreviviría para continuar con el trabajo; ése sería su consuelo por perder a Vera y por la soledad que le esperaba. Y los tres habían trabajado por la muerte en una intimidad febril, hasta que ella había muerto de veras, convirtiendo sus ideales elegantes en pegajosa suciedad.

La cámara abrió la compuerta de la aduana con un crujido de maquinaria hidráulica mal engrasada. Lindsay se sacudió para librarse de su pasado. Flotó por un corredor hacia el débil resplandor de la luz del día.

Apareció en un muelle de embarque atiborrado de maquinaria sucia.

El muelle estaba centrado en la zona de gravedad cero del eje central de la colonia. Desde aquella posición, Lindsay podía contemplar toda la longitud del Zaibatsu, a través de cinco largos kilómetros de aire turbio y pestilente.

Lo primero que le llamó la atención fue el aspecto y la forma de las nubes. Estaban deformadas e hinchadas, con un feo tinte amarillento. Se ondulaban y cambiaban de forma con las corrientes fétidas que ascendían desde los paneles de tierra del Zaibatsu.